

que pilla ó mata voluntariamente al extranjero que no goza de la protección de un personaje influyente.

Durante este tiempo el Padre Petitot se consagró á inmensos trabajos: levantó el mapa del país, compuso el Diccionario de la lengua esquimal y dos otras poblaciones indias. Lo debieron además observaciones meteorológicas, con otras acerca del carácter de los naturales, y una memoria sobre la constitucion geológica de las comarcas comprendidas desde 54 grados de latitud al Mar Glacial.

El Padre Petitot se vuelve á las regiones árticas; conoce cuán útiles son sus servicios á las ciencias naturales, y es justo esperar mucho de sus conocimientos y su perseverancia."

LA CACHAZA DE UN INGLÉS.

El cuento siguiente puede juntarse con aquel del inglés que no socorria á un individuo que se estaba ahogando porque no se lo habian presentado.

Un matrimonio francés hizo conocimiento en Viena con un hijo de Albion, y juntos emprendieron un viaje de recreo por Suiza ó Italia. A los pocos días de estar de camino, pasando por pueblos en que no habia dentista, atacó un fuerte dolor de muelas á la jóven esposa, la que sufría atrocemente, como pueden suponer los que conozcan este dolor.

El marido estaba desesperado al ver sufrir á su esposa, y el nuevo amigo aparentaba tomar una parte muy viva en el dolor de entrambos.

Allegan por fin á Milan, y un dentista examina la causa del mal.

Después de la operacion, el inglés que habia asistido á ella, coge y examina la muela. — Qué lástima! dice; no habia necesidad de extraerla; bastaba con sangrarla y orificar la muela en seguida.

— Como! exclamó el marido; ¿tiene usted conocimientos en la materia?

— Respondió el inglés, he sido dentista en Viena durante veinte años.

— ¿Ha dejado usted padecer dos días á una mujer sin decirlo?... — Respondió usted; cuando tuve el gusto de conocer á ustedes, hacia una semana

que habia dejado de ejercer la profesion.

UN DESPERTAR DESAGRADABLE.

DEBIA procederse, dice un diario de Paris, al entierro de Mr. Cottin, que se habia suicidado, disparándose un tiro.

A las 10 de la mañana llegan los sacamuertos con el cajón.

— En el segundo piso, les dijeron.

Los buenos de los hombres suben al segundo piso, ven una llave puesta en una puerta y entran.

En la cama estaba extendido el cuerpo de un hombre.

Los sacamuertos colocan la tumba, se aproximan á la cama y agarran el cadáver: pero hé aqui que éste se reanima, se sienta, da gritos de terror al ver á los hombres vestidos de negro, y les aplica una fuertísima dosis de puñetazos.

Asustados los sacamuertos, vuelven á bajar á toda prisa, perseguidos por el cadáver!

Hé aqui lo que habia sucedido.

Los empleados funebres habian equivocado la puerta, y entraron en casa del gerente del café de Suecia, vecino del suicida.

SUICIDIO A CAÑON.

Un artillero de Metz se suicidó de un cañonazo, cargando la pieza con un saco de metralla y un kilogramo de pólvora y tirando del piston con una cuerda desde la boca del cañon, ante la cual colocó la cabeza. Sólo una ligera falta, acreedora á un castigo disciplinario, lo impulsó á este crimen.

RARA OCURRENCIA.

Uno de los principales empleados de la Secretaría de la Corte del crimen de Paris habia convidado á comer á unos seis amigos. Nada faltaba en el festin; ni los vinos exquisitos ni los manjares escogidos. La vajilla de plata y los cristales eran del mejor gusto.

Sin embargo, en medio de todo esto lujo, los convidados notaron una cosa que les chocó como una nota falsa; los cuchillos no correspondian al resto del

servicio. Los habia de todas clases; se habia trinchado el pavo con un cuchillo de carnicero; las perdices, con un cuchillo de casa; los convidados tenian, éste un puñal, aquel una simple navaja; por fin, el asombro llegó á su colmo cuando, á los postres, se vió al anfitrión dividir un blaseado de navaja con una navaja de afeitarse.

Uno de los convidados preguntó lo que significaba este variado surtido de cuchilleria.

— Nada más sencillo, amigo mio, contestó sonriéndose el amable dueño de casa: todos estos cuchillos no son igualmente vistosos, pero para los verdaderos conocedores todos tienen un mérito incontestable. Los he recogido cuidadosamente en el curso de mi carrera de Secretario, y puedo asegurarte que no hay un sólo que no haya servido á uno de los asesinos que de treinta años acá han inscrito sus nombres en los anales de las *Causas célebres*. Qué! no conocis más?

En efecto los convidados no comian más, y hasta se dice que algunos sintieron el estómago descompuesto.

EL DIOS DE OTRO TIEMPO

Por Conrado de Bolanden.

I.

UN PAPA PRISIONERO.

CIERTO dia del año de 1813 hallábase en un salon del palacio imperial de Fontainebleau un paje ricamente vestido, gallardo jóven de unos quince años. Descendiente de los antiguos Condes de Réthel, estaba al servicio de Napoleon I; y en esta calidad tenia el honor de acercarse á menudo al Dueño del mundo.

En el momento á que nos referimos, la interesante faz del jóven está velada por un sentimiento de tristeza y de compasion. Brillan en sus ojos lágrimas que caen siempre más abundantes sobre los bordados de oro de su vestido; con todo, ni una palabra, ni un movimiento, revelan el hondo pesar que agita su razon: allí está derecho é inmóvil como un soldado de la vieja guardia. Evidentemente causa su dolor el estado de un anciano venerable que descansa en un sillón en el salon inmediato, pues José de Réthel no cesa de dirigir á allí, por la puerta entreabierta, sus miradas anegadas en llanto.

Esto anciano viste una sotana blanca

talar; no usa distintivo alguno de dignidad; su porte parece modesto y casi pobre en medio de la suntuosidad de la habitacion imperial. Sus nobles facciones conservan la profunda huella de grandes dolores; su rostro es flaco y pálido; el pesar ha surcado sus mejillas y hundido sus ojos. Sin embargo, una serenidad impasible extiende sobre sus fisonomia como un esplendor celeste; y el alma impresionable de José queda conmovida, sobre todo, por la santa resignacion de este mártir. Todo revela en este hombre de sotana blanca la victima de la violencia y de la opresion. Parece que el anciano está en oracion: sus manos unidas descansan sobre el pecho; su cabeza está ligeramente inclinada, y los destellos misteriosos que iluminan su rostro hacen ver que siente vivamente la presencia del Altísimo. Páresele al jóven que esta oracion es de una eficacia maravillosa; el silencio que reina á su alrededor se hace solemne; la suntuosa habitacion se transforma en un recinto sagrado, y cree el paje sentir distintamente la presencia de algun poder invisible.

Una respetuosa admiracion se apodera de él; sécanse sus lágrimas, y contempla con un santo estupor al Jefe de la Iglesia, Vicario de Jesucristo, puesto que aquel anciano es el Papa Pio VII, prisionero hace cuatro años de Napoleon I.

De repente se oye un ruido de armas, y el paje sorprendido se endereza y escucha. El ruido se acerca; ábrese una puerta á la derecha; pasos cortos ó irregulares se deslizan sobre la alfombra, y luego un hombre vestido con el brillante uniforme de los Mariscales atraviesa el umbral, avanza hasta la mitad del salon; luego se detiene como fascinado á la vista del Papa en oracion. Este hombre es de talla pequeña; pueblan su cabeza cabellos cortos y lisos, de un negro brillante.

Se color está tostado del sol; sus facciones son regulares y bellas; su barba afeitada termina en una muy marcada punta, que no guarda proporcion con la pequeñez de esta cara lisa de figura, y es la marca de una volunta de hierro. Sobre todo tiene una mirada de una fuerza singular, imperiosa, viva y penetrante; en una palabra, la mirada del conquistador de la Europa, de Napoleon I.

Después de un vistazo rápido, Napoleon, haciendo arrastrar su espada, se dirige hácia el augusto prisionero. Viza Pio VII su venerable cabeza, levántase y recibe á su opresor con la sonrisa en los labios.

El pajo había avanzado un sillón para el Emperador.

—Perdonad, santísimo padre, si vengo á interrumpir vuestras piadosas meditaciones, dijo Bonaparte, con una ligera inclinación de cabeza; pero la cosa urge. Es preciso que reine la paz entre el Emperador y el Papa. Después de maduras reflexiones ¿os parece que mi proposición de ayer es ventajosa para vuestros intereses?

—Para mi interés personal, sí; pero no para los deberes del Papa, respondió Pio VII. Vos poneis término al duro cautiverio en que guino hace ya cuatro años; aseguráis al Papa una renta anual de dos millones, muy bien! pero vos no restituís el Patrimonio de San Pedro: vos retenéis á Roma; retenéis todos los Estados de la Iglesia, y no puedo consentir en esto despojo. Cuando la Providencia, á pesar de mi indignidad, me llamó para venir á ser el Vicario de Jesucristo sobre la tierra, presté, como lo practican todos los Papas, el juramento de no consentir jamás en el despojo del Patrimonio de San Pedro. Antes moriré en el cautiverio que violar mi juramento, ni cargaré mi conciencia con semejante crimen.

—Pues yo, repuso fieramente el Emperador, no devolveré jamás lo que he conquistado con las armas en la mano. Vos no deberíais mostráros ingrato, continuó diciendo en tono de reproche. La Revolución había destruido la religión en Francia; los sacerdotes eran desterrados ó guillotinado; los Obispos veían sus Sedes aniquiladas, y devastadas sus iglesias. Yo lo he restablecido todo. Las diócesis tienen de nuevo sus Pastores y las parroquias sus Curas. Sólo á mí debo la Iglesia su restauración en Francia, y es á mí, salvador y protector de la religión, á quien el Papa rehúsa toda confianza. Esta es una conducta imprudente, ingrata, añadió el todopoderoso Monarca con un aire amenazador y peligroso.

El augusto cautivo fijó su serena mirada en el desapiadado guerrero, y una suave luz arrojó sus facciones.

—Dios sólo tiene en cuenta la intención, señor, repuso el Papa con gravedad. Si habéis restablecido la religión en Francia por amor á la verdad, por obediencia al Todopoderoso, el Señor os lo recompensará. Si habéis seguido, sin daros cuenta de ello, y sin intención, los designios de la Providencia, el Eterno no os debe nada.

—Si lenguaje de Vuestra Santidad necesita algo más claro, ¿Me será permitido

rogaros que os expliquéis con más precisión?

—Mi franqueza herirá á Vuestra Majestad, repuso Pio VII, pero tengo el derecho de reclamar del Papa la verdad, y el Vicario de Jesucristo, aun entre cadenas, y ante las amenazas de muerte, debe cumplir su noble misión, que es la de salvar las almas y proclamar la verdad.

Calló durante algunos instantes: evidentemente buscaba una fórmula llena de miramientos para decir la verdad al fiero Emperador, tan fácil de irritarse.

Napoleon estaba esperando; impaciente, no cesaba de golpear con la punta de los dedos los brazos de su sillón; sus ojos como dos tizonés ardientes estaban fijos en el tímido anciano. En la antecámara, el pajo escuchaba con el más vivo interés; y las menores palabras de este solemne diálogo se grababan profundamente en su memoria.

—Vuestra Santidad, sin embargo, encuentra alguna repugnancia en hacer conocer esta preciosa verdad al Emperador, exclamó de repente Napoleon con un movimiento de impaciencia.

—Vedla ahí en pocas palabras, repuso el Papa. Vuestra Majestad no ignora las causas de una revolución que ha cubierto la Francia de tantas ruinas. Las cosas no han hecho más que seguir su curso natural. De noventa años acá una filosofía incrédula, una ciencia impía y la mala prensa han trabajado de concierto en la perturbación del orden social. Se puso en irrisión á Dios y sus mandamientos en periódicos, en cuadernos y en obras científicas. Se hizo burla de la religión, se la puso en ridículo; y la semilla que una ciencia impía y una prensa irreligiosa habían sembrado en el corazón del pueblo, brotó y dió sus frutos. Las costumbres de los franceses se corrompian. La impiedad, la licencia, el desorden moral, bajaron de las más altas esferas de la sociedad hasta las clases inferiores del pueblo. Cuando se vió á Francia separada así de Aquel, que es el Señor de la vida, el manantial de toda felicidad, cuando cesó de reconocer á Dios, entonces estalló la más terrible de las revoluciones. Un ejército de furias que parecían salidas del infierno, hundió el país en un abismo de muerte, de sangre y de ruinas. El orden desapareció por completo; los más horribles crímenes fueron cometidos á la luz del sol; los inocentes fueron inmolados á millares; vida, propiedad, honor, nada fué respetado, todo

fué la presa de séres indignos del dictado de hombres. Entónces apareció Vuestra Majestad, ricamente dotado por Dios de fuerza y de inteligencia. El monstruo de la Revolución fué echado por tierra y encadenado. Vuestra Majestad restableció el orden. Y porque vos, señor, reconocéis que la religión es el fundamento de todo orden; y que sin sumisión á la ley divina toda constitución social se hace imposible, por esto habeis llamado de su destierro á los sacerdotes, y hecho predicar de nuevo el Evangelio de salud á los franceses degenerados. Una filosofía impía, una ciencia irreligiosa habían relajado todos los lazos de la sociedad; ellas habían provocado la revolución arrancando con sus burlas y sarcasmos del corazón de los hombres las costumbres y creencias del cristianismo. De este modo adoptaba Vuestra Majestad una política verdaderamente prudente al restablecer en Francia la Iglesia, la base de todo orden social.

—Ah! ahora comprendo á Vuestra Santidad; exclamó riendo el Emperador. Mi conducta fué sólo la inspiración de un cálculo político, agena á toda preocupación religiosa; no debo aguardar recompensa alguna del cielo, porque he trabajado, no por Dios, sino, y únicamente, por el Emperador. Sea así, continuó Napoleon en un tono serio, es preciso que haya una religión.

Gobernar un pueblo sin religión es completamente imposible. No permitiré jamás que alguien desprecie y ultraje públicamente la moral cristiana; y ningún hombre de Estado, por poco cuerdo que sea, lo permitirá jamás. Quien deja minar las convicciones cristianas del pueblo, verá un día caer sobre su cabeza el edificio social zapado en sus fundamentos. ¿Por qué, pues, titubea Vuestra Santidad en concluir una íntima alianza con el protector de la religión?

—Porque vos exigís del Papa un atentado contra la religión, en el momento mismo en que pretendéis ser protector de esta religión, respondió Pio VII.

—No puedo participar de vuestro modo de ver, repuso Napoleon. La soberanía temporal del Papa no es un artículo de fe. Muy al contrario, esta soberanía me parece ser un obstáculo que impida al Papa cumplir en toda su extensión su misión espiritual. Renunciad á esta soberanía. Vivid libre de todos los cuidados del Gobierno, bajo las alas protectoras del águila imperial.

—¡Libro entre las garras de un águila,

señor! dijo el prisionero con dolorosa sonrisa. Mi actual situación lo prueba demasiado; para poder cumplir todos sus deberes, el Jefe de la Iglesia debe ser independiente. El Papa no debe ser súbdito de otro Monarca; ésto abusaría de su superioridad, y haría servir la dependencia del Vicario de Jesucristo á la realización de sus miras políticas. Por esto plega á la Divina Providencia fundar los Estados de la Iglesia y crear un asilo para la libertad de los Papas.

—Es cosa verdaderamente rara, dijo Bonaparte con un tono ligeramente irónico; todos los Príncipes de Europa obedecen á una señal de mi voluntad; todos los pueblos se inclinan ante mis ejércitos victoriosos, ante mis órdenes, y un anciano, que es mi prisionero, es el único que rechaza mi amistad.

—Perdonad, señor; yo, vuestro viejo cautivo, no puedo menos de estimar en mucho la amistad del Emperador; pero el Papa se ve forzado á decirnos: Lo que pedís es injusto, doblemente injusto porque exigís del que es el guardian supremo de la fe y de la moral cristiana que apruebe y confirme vuestra expoliación.

—Magnífico, admirable! exclamó colérico el irascible Monarca. Sólo el Vicario de Jesucristo cree que le es permitido insultar al Emperador en su misma presencia.

—Siento muchísimo, señor, el que toméis por un insulto lo que no es sino la pura verdad.

—Mejor que mejor! gritó fuera de sí el dueño de la Europa levantándose bruscamente de su silla. Dejemos ya eso asunto, señor Papa. Vos despreciáis mi amistad. Vos sentíreis mi enemistad.

—Señor, respondió el Papa con resignación. Pongo vuestras amenazas á los pies del Crucificado, y dejo á Dios el cuidado de vengar mi causa, porque es la suya.

—Vana quimera! replicó el Emperador con aire de desprecio; ese Dios, cuya causa defendéis, no es más que un monstruoso enjendo de la superstición y del delirio.

—Deteneos, señor, dijo el Papa interrumpiéndolo y levantando la mano; el Dios de otro tiempo vivo aun.

—¿Qué queréis decir con esto?

—El que ha dicho: "El cielo es mi trono, y la tierra la peana de mis pies," está aquí presente, y oye vuestras blasfemias.

—No quiero sermones, señor Papa, gritó Napoleon en tono áspero. ¿Qué significan esas palabras: El Dios de otro tiempo vivo aun? Son acaso una amenaza?

—Si, y á la vez un paternal aviso inspirado por el afecto.

—Sin duda queréis indicar con esto que el Dios de otro tiempo podría al fin decidirse á ejecutar la sentencia de excomunión que Vuestra Santidad ha lanzado contra mí?

—La sentencia ha sido dada en conformidad á los cánones de la Iglesia, contra Napoleón Bonaparte, Emperador de los franceses, despojador de la Santa Sede. Auto Dios, señor, todos los hombres son iguales; los Principes están obligados como los otros á cumplir las leyes divinas.

Napoleón se echó á reír de un modo extraño, y cruzó muchas veces el salón, haciendo sonar su espada.

—Ah! ah! hablarne así! á mí! también es esto una libertad del Vicario de Jesucristo!

—Un deber del Vicario de Jesucristo, replicó el Papa gravemente; ¿y quién, si no fuera el Papa, podría recordar sus deberes á los poderosos de la tierra?

—Basta! basta! exclamó Bonaparte interrumpiéndole. Os equivocáis de siglo; no estamos ya en la Edad Média.

Anduvo en silencio por el salón. Todos sus movimientos daban á conocer la excitación y disgusto que lo agitaban.

—El Dios de otro tiempo aún vive, decisais; ¿y qué esperáis de esa vieja divinidad?

—Yo sé que este Dios, fiel y omnipotente, cumple sus promesas, repuso Pio VII.

—¿Y qué os ha prometido ese Dios fiel y omnipotente? preguntó el Emperador con ironía.

—Ha prometido á su Iglesia, respondió el Papa con un tono solemne, que la protegerá contra todos sus enemigos, y la conservará hasta el fin de los tiempos.

—Grandes promesas son esas; veremos. Pues bien, yo no estoy contento ni con el Papa, ni de la Iglesia de ese Dios de otro tiempo. Tal vez fundaré yo de mi propia y privada autoridad una religión de Estado que tendrá por jefe, no al Vicario de Jesucristo, sino al mismo Emperador.

—Exagerais nuestro poder, señor.

—Lo puedo todo en Europa, exclamó con orgullo el vencedor de tantas Naciones. Lo único que no puedo es doblegar la terquedad de un viejo que se llama el Vicario del Dios de otro tiempo. Pues bien, yo me muera inflexible en el cautiverio.

(Continuará).

UN VERANO EN BORNOS.

CARTA XVI.

FANCHETTA FUENTE-RICA A ALINA MUGUEL.
Madrid, 4 de Agosto.

Y bien, querida Alina, ello es hecho!... yo me caso! no para vivir como un Catón, sino para gozar independencia. Me dirás... es con un Principe? *Hé! hé!* no; en España no hay Principes como en Italia. Es un General buen mozo, aunque no tanto como él creo sería; buen muchacho, y más tonto que un ánsar; pero valsa bien y monta á caballo como Francou; es en fin, hija mía, un *pis aller*.

Sólo desde que él me acompaña ha podido lucir mi yegua inglesa Arabella toda su ligereza y toda su gracia; en el Prado á nadie se mira si no á nosotros; algunas conozco á quienes esto quema como ascuas. Mi noviazgo me fastidiaría de muerte, si no hubiese en favor de mi futuro consorte un secreto dramático, una Ariadna, abandonada, la que, según dicen, ama con extremo á su Teséo; este amor que llora, ha dado al General algun valor á mis ojos. Además, hay para mi solaz los desesperados esfuerzos que hacen para enternecerme mis demás pretendientes; estos quietos sin talla para mi servicio; uno habla de veneno, otro de echarse al pobre Manzanarés: *cela fait pitit*.

A tu buen gusto confío la elección de mi *trousseau* de novia; que sea de lo más rico y de más *nouveau*. Mi padre te ha abierto un crédito de cien mil francos en la casa de F***. Avisame, si esta suma no alcanzare; el que me puso en el mundo sin yo pedírselo, me hará el favor de cumplir con los deberes de padre como compete. Si tiene millones, casará á su hija, como millonaria; de esto te respondo; ¿pueda para cuándo los guarda ese padre avaro? ¿será acaso para mejor ocasión?

Toda tuya,

FANCHETTE DE RICHE-FONTAINE.

CARTA XVII.

FELIX DE VEA A LUISA TAPIA.

VICTORIA! La falta de cartas de Alejandro que te indigna, no era sino el preludio de lo que ha hecho; y á mí, en lugar de indignarme, me encanta. La Fuente-Rica está pedida; está otorgada; el equipaje está encargado á Paris. Alejandro *reventa da forte*.

Nos hemos, pues, salvado! gracias en

parte á mi papel de Destino, que he desempeñado de la manera más acertada. ¡Pobre hombre, que creará de buena fe que Serafina estará llorando por él! ¡con qué placer, en llegando á su día, verá arrancada á su amor propio esta ilusión!

En cuanto á mí, hija mía, estoy perdido. El Duque*** ha participado á la Condesa de Terceños que mi difunto padre adquirió cuando la enagenó el Duque, la gran parte de su propiedad que tenía en nuestra provincia, y que, por consiguiente, poseo grandes bienes raíces, además de caudal metálico. Desde entonces la Condesa ha hecho de mí su presa, y desde esa época ha descubierto y publica ponderativamente que tengo un regular parecer, unas maneras atentas y unas luces despejadas: desde entonces también me presentan á cuantas señoritas concurren á su tertulia, y me proclaman el Fénix acático de las playas gaditanas. Oh! ¡felicidades en que lo observaba yo todo desde mi rincón, sin ser observado!

Para que la Condesa no gaste su pólvora en balde, le dije la otra mañana estando sólo con ella, que en vista de que no había pronunciado mi discurso en el Congreso, por desquite trataba de predicar sermones en los templos, y que era mi intento entrar en la Compañía. Quisiera que hubiese podido presenciar el efecto que lo causaron estas palabras: parecía que lo habían anunciado la muerte de su padre! ¡Qué raudal de reconvencciones, qué manantial de súplicas y advertencias, qué granizada de funestas profecías se aglomeraron entreteladas sobre sus labios! Por último argumento empezó á hacer elogios de una joven hija de un título, lindísima por cierto, que había visto en su tertulia, y cuyo talento y inoestia me habían atraído todas las noches á su lado. Me dijo que tenía parientes en palacio, y que traería en dote la llave de gentil-hombre y uno de los títulos de su padre, siempre que pagase el novio las plazas atrasadas; y que serían probablemente padrinos los más elevados personajes. En qué cosas pondo el giro que toma la voluntad! á veces en una nada, en un capricho; en un broto de independencia, en un rapto de espíritu de contradicción, en un imperceptible átomo de orgullo, en una exageración de delicadeza; qué sé yo!... Lo cierto es que á pesar de agradarme y conocer el mérito de esa joven, la intervención de la celosa camaratera, la manera con que expuso como anzuelos las referidas ventajas, me hizo

reusar resucitamento la oferta; por eso dice La Fontaine que hace más daño un amigo imprudente que un enemigo discreto. Después de reflexionarlo bien, me he alegrado: no la amo, y estoy en posición de no casarme si no á mi gusto y antojo; esto es, de casarme enamorado. No hay consideración ni *métome en todo*, por el que me deje poner el santo yugo; haré solo mi corazón. Pero como no amo, ni amaré, porque eso de amar es de tontos ó de hombres sublimes como mi Carlos, y no soy ni lo uno ni lo otro, cástate ahí, prima mía, porque te repito por centésima vez que no cambiaré nunca mi dulce estado de soltero por la avasallada y pesada condición de casado; la madre que enferma, el niño que llora, el ama que riñe, la suegra que mangonea, la cuñada que chismea; ¿habrá hombre que voluntariamente se meta en esa Guinca?

Me dices ¿que en qué consiste que no amo? ¿y si acaso guarda mi corazón para quitarse su cubierta de bulo, á que Dios cric ex-profeso para mi alguna maravilla? No sé; pero no aguardo, ni busco, ni deseo semejante maravilla; y la prueba es que vuelvo al nido de alabastro de nuestras gaditanas, diciendo que en punto á corazón y á discurso:

El mismo que llevé Traigo conmigo.

P. D. Hoy mismo escribo la gran novedad á Carlos, (por supuesto, sin decirle el papel de Destino que me he arrogado) y espero que tú lo harás á Serafina. Si nuestras cartas no surten el deseado efecto de acortar distancias, me plantaré en Bornos á continuar mi oficio de Destino, porque no parece sino que esas dos medias naranjas, á pesar de haberse dado de narices, están la una en Flandes y la otra en Aragon.

¡Adios... aventajada discípula del famoso patron Araña, que embarcaba la gente y se quedaba en tierra. Cuando prediques con el ejemplo, harán más efecto tus sermones.

FÉLIX.

CARTA XVIII.

CARLOS PEÑAREAL A FELIX DE VEA.
Bornos, 6 de Agosto.

¡CUAN íntimo placer sentí al leer la carta en que me anuncias el proyectado enlace de Alejandro con la hija del millonario capitalista! No porque esto pueda der